

"Ocho pintores peruanos"

Obras de Dávila, Grau, Springett y Szyszlo —nuestros más activos pintores— y de Galdos, Krebs y Shinki —jóvenes promesas—, componen la muestra que con este título se está exhibiendo en la Sala I del "I.A.C."

Si el propósito es hacer una comparación con la muestra "Pintura Latinoamericana" que acaba de tener lugar en el mismo Instituto, debemos convenir que la peruana no es ni mejor ni peor. Sencillamente es una continuación: una congénita anemia artística corroe sus raíces.

Sabemos que no podemos exigir creaciones artísticas. Pero a nuestra pintura le falta mucho todavía para hacer posible que los excepcionalmente dotados lleguen a ella. Prueba al canto: el carácter contemporizador de los planteamientos. A tal punto, que es necesaria la presencia de un gran número de obras de un pintor para advertir cuáles son sus problemas y cuáles los respectivos alcances cualitativos. Y si ocasionalmente hemos hablado de la calidad de tal o cual obra, era porque valorábamos desde el estrecho ángulo nacional. Dejemos pues la calidad a un lado; limitémonos a los planteamientos.

La pintura —valga la perogrullada— es un medio de expresión estético. Y los nuestros —sean maduros o recién egresados— aparecen dominando por igual el oficio. Y es que cada uno acomoda los problemas a su personal grado de dominio; nadie quiere perder compostura. Sea como fuere, la manifiesta

carencia de una actitud legítimamente artística —lo único capaz de darle al oficio el uso conveniente— nos hace pensar que la pintura abstracta en el Perú está nocivamente oficializada: las Escuelas de Bellas Artes dictan las normas.

La mayoría cree que ser artista es adoptar simplemente una tendencia moderna, mostrar habilidad manual, violar aparatosamente el paramento de los convencionalismos o hacer visible lo que buenamente —sin angustiosa y dialéctica intelección— cada cual siente y piensa. No se toma consciencia del destino de artista; se sigue adicto a esas ideologías de tenor mítico que nos inculca interesadamente nuestra dispar realidad socio-económica. Entonces, sin libertad interior, sin rebeldía constructiva y sin la posibilidad de una razonada elección, no habrá fantasía. Y sin ésta —o con una fantasía inerme— imposible que el pintor pueda tener algo que expresar.

La muestra peruana adolece en sus más honda raíz del mismo defecto que la latinoamericana. Y el españolismo que le reprochamos a ésta, toma en nuestro país su cariz más modoso: la limeñísima delicadeza evasora.

Szyszlo, Dávila, Krebs, Milner y Shinki son suaves en sus planteamientos. Sobresale, cualitativamente, por cierto, el precursor refinamiento del primero, donde la problemática está muy por debajo de las posibilidades personales.

El resto entra al color con modernidad: Grau con bronca impetuosa, Springett sin ahondar en el lenguaje de la pintura acción recién asimilado y Galdos con resabios figurativistas, dureza e instinto.— J. A.